

tria cinematográfica de Hollywood.

Katz ubica a México en el entorno internacional, compara procesos revolucionarios en distintas épocas y latitudes, entresaca de la experiencia mundial elementos que permiten recortar estilos de liderazgo en la conducción de procesos his-

tóricos, sondea en la historia mexicana, coteja semejanzas y diferencias de Villa con los caudillos del siglo pasado y con los principales líderes de la revolución, repasa las controversias que Villa ha desatado en el terreno de la interpretación histórica, se adentra en un territorio

dominado por visiones míticas y legendarias, reconstruye tanto la historia del personaje como la de su historiografía, y finalmente presenta una obra fundamental para comprender el significado que este líder revolucionario imprimió a la historia del siglo XX mexicano.

Cita con Venus

Esteban Sánchez de Tagle

Las huellas de Venus. El viaje del astrónomo Chappe d'Auteroche a Nueva España (1768-1769), México, Breve Fondo Editorial, 1999.

Durante casi tres siglos la recelosa corona española mantuvo a sus colonias ocultas a los ojos del mundo. La ausencia de una mirada ajena, crítica, determinó entonces muchas de las características que ahora nos asombran, que nos hacen pensar que en el mundo hispano los papeles sociales eran desempeñados en una suerte de infantil inocencia; el artificio del ocultamiento permitía la pervivencia de actitudes que parecieran cándidas.

Todo sucedía como en familia. Sin recatos, la sociedad hacía gala de sí misma, libre del temor al juicio que viene del otro. La Iglesia salía a la calle desbordándose en ritos y ceremonias llevados hasta el paroxismo; el rico alardeaba su opulencia, el pobre exhibía impúdico sus miserias. Todo, sin que el descuido en que se vive la intimidad se viera importunado. El mundo hispano era un mundo privado.

Este receloso velo tuvo un segundo efecto más encubridor, si ca-

be. En efecto, el artificio de mantener como en una reserva al imperio no sólo afectó a las idiosincrasias, a las maneras de ser nacionales. Picó la curiosidad de los otros, de aquellos a quienes les estuvo vedado el acceso. Los apetitos de una ignorancia forzada encontraron entonces alimento en la fantasía, en la invención, en la figuración. Con el resultado de que el otro Occidente exageró hasta la caricatura las que supuso eran las características del imperio oculto y que explicaban la vergüenza, el afán con que lo mantenían fuera del alcance visual de los demás. Se creó entonces la leyenda negra: una segunda y más inexpugnable muralla.

América, remota en la geografía, quedó más expuesta a esta ficción: llegó a ser considerada no sólo deforme, corrompida por el ocio y las supersticiones, como se representaban los otros europeos a España, sino deformante. De manera que hubo quien pensara que lo que aquí nacía, lo mismo que lo que aquí crecía y aun lo que aquí vivía era o terminaba por ser algo inmaduro; América toda era un continente inacabado y su ambiente retrotraía a quienes lo habitaban a eta-

pas previas de una evolución cuya punta era Europa. ¡Esta, fue una concepción del Siglo de las Luces!

A pesar del desdén por lo hispánico, por mil razones, este mismo siglo intensificó la presión para que el imperio todo saliera del clóset; codicioso sobre todo, el mundo comercial quería participar en la explotación de América. La presión logró romper las primeras barreras, las físicas, pero no los prejuicios. En este siglo, aunque con cuentagotas, a las colonias comenzaron a llegar los Crespi, los Malaspina, los Humboldt. De hecho, los ministros ilustrados de Carlos III empezaron ellos mismos a dejar de formar parte de la condescendiente mirada familiar y a comportarse como si fueran extranjeros. Su mirada desaprobaba, inquiría, acusaba y las cosas comenzaron a ser vistas de otra manera. La inmundicia, la desnudez y el desorden aparecieron de pronto por todas partes ante los ojos de los azorados americanos. Comenzaba el fin de la inocencia.

Éstos no eran ya los ojos del viajero español, a los que estaba todo el mundo acostumbrado: testigos acuciosos a quienes nada pasaba

inadvertido. No es ya la mirada que se maravilla, que se asombra y disfruta la infinita diversidad humana habitante de una naturaleza feraz. Es una mirada nueva, que quiere corroborar sus prejuicios, documentarlos, y cuyos intereses son ante todo de conquista y que se considera objetiva, privilegiada. Un testimonio que pregunta: "¿podemos dar nuestra entera confianza a viajeros poco instruidos o misioneros?"

Éste es el espécimen de viajero cuyas memorias hoy nos ocupan. El viajero científico. Además, un caso extremo. Chappe D'Auteroche, que así se llama el puntual viajero, primeramente, no es que hubiera querido conocer Nueva España; sucede que Venus lo citó en California. Absoluto cosmógrafo, tiene que obedecer a la caprichosa estrella. Y como es científico y como es francés, al monarca borbón no le queda más remedio que permitirle el encuentro y franquearle la entrada a su imperio. La corona puso condiciones, eso sí, aun obstáculos. Pero de balde, vencida toda dificultad por el empeinado científico, da comienzo la odisea. La cita es única y ha de ser puntual.

Carga pues inmensa responsabilidad. Representa a las más prestigiosas sociedades científicas. Se han abierto para él, para el cumplimiento de su misión, puertas hasta entonces infranqueables. Carga también exactísimos aparatos, compases delicadísimos para medir con exactitud imposible el encuentro que no volverá a suceder en cien años. Comienza la inevitable travesía.

Si el mar es proceloso, él, cuidadoso, protege sus instrumentos. Si el mar es calmo, aprovecha el tiempo y toma medidas y hace experimentos. Siempre de prisa, desdeña o dice desdeñar hasta a las indígenas semidesnudas que ingenuas muestran sus "horribles pechos".

Nada lo conmueve. Su prisa, su responsabilidad, le niegan el derecho a mirar cualquier cosa. Por lo pronto los secretos del monarca español están a salvo. A nuestro peligroso testigo nada lo distrae. Sólo el afrancesado virrey marqués de Croix, las maneras de su corte, su cocinero francés, le permiten una distracción. En la ciudad de México, por ejemplo, las alhajas, que por toneladas parecen transpirar los templos, los conventos, asegura ya haberlas visto en Cádiz. Eso sí, nadie puede ocultarle el "quemadero", el sitio donde tantos han muerto en garras de la Inquisición. Se habían transpuesto las murallas físicas del imperio pero no las de la ficción que, hasta la fecha, siguen ocultándonos muchas de aquellas realidades. La minucia de su escrutinio la difiere para el regreso.

El recorrido es asombrosamente largo, difícil. Montañas escarpadas tienen que ser traspuestas con aquellos sus frágiles artefactos. Naturalmente, todo lo ve y lo sopea como obstáculo por la premura del tiempo: Venus no espera. Se juega su propia fama, la gloria. Sabe que hay mil expectativas puestas en él y nada sería más triste que anunciar al mundo, con absurdas disculpas, con justificaciones necesariamente tontas un retraso irreparable cuando se habían tenido años para atender la cita venusina.

Pero qué hacer si el momento se acerca irrevocable y el viento no quiere mover la nave. Qué, si empieza a soplar y a hacer imposible el arribo con los sutiles medidores a salvo. Nuestro viajero nunca duda de la importancia de la cita. Todo se ciñe a esa necesidad. Nada es obstáculo suficiente. Lo importante no es el viaje, es Ítaca.

Y nuestro comprometido viajero llega a tiempo. Apenas. Justo para disponer la escena del encuentro.

Chappe D'Auteroche ya nada ve, ya nada escucha. Venus está por llegar. Por fin el momento. El rastro es registrado y conocido el secreto.

Mientras, seguramente envidiosa de la gloria alcanzada, la parca tiende una apretada red en las playas de Baja California. D'Auteroche ya no alcanza ni a recoger su instrumental. La tripulación, los acompañantes de la medición, los indios lugareños, todos sufren las consecuencias de esta envidia. Como en las mejores tragedias de Shakespeare, quedan sólo dos o tres testigos para narrar los hechos. Y ellos traen de regreso las noticias.

Lo cierto es que el monarca español se escapó de la severidad del ilustrado viajero. Catalina de Rusia seguía lamentándose por haberlo dejado meter las narices en sus dominios. Por la manera como vio las cosas a su llegada es seguro que hubiera enriquecido ampliamente los prejuicios europeos, que hubiera documentado la leyenda negra, la idea del inmenso desperdicio.

Con lamentos por la muerte del científico, la memoria del viaje se arma después; con mucha suerte es apreciada y enriquecida por un cuidadoso editor de aquellos años. Y ahora, los del preciado Breve Fondo, nos la vuelven a entregar con una amplia y erudita introducción de Salvador Bernabéu y más que oportunamente enriquecida con una carta con la que, también oportuno, José Antonio de Alzate, nuestro famoso ilustrado novohispano, ávido de un prestigio imposible en estas tierras, supo aprovechar el viaje.

Más que un viaje es la historia de un viajero. De uno de estos ilustrados con los que los estados se abrieron camino en su proceso de avance. Una página privilegiada de historia de la ciencia. Una histo-

ria no tanto de lo visto como de la manera de mirar: una historia de una mirada meticulosa, exacta,

selectiva, desdeñosa. Una historia que roza la ficción al relatarnos algo de las pasiones, de las obsesio-

nes de estos inusitados académicos, los hombres entregados a la ciencia en el Siglo de las Luces.

El puente de azogue

Eduardo Flores

Mervyn Francis Lang, *Las flotas de la Nueva España (1630-1710), despacho, azogue, comercio*, Sevilla-Bogotá, Muñoz Moya Editor, 1998, 352 pp.

Las revelaciones contenidas en el libro del doctor Mervyn Lang provocarán en poco tiempo la revisión de algunos problemas historiográficos del siglo XVII que se consideraban ya resueltos. Nos referimos principalmente a una nueva interpretación sobre las relaciones político-económicas entre la metrópoli y la colonia. Lang expone con detalle un conjunto de hechos poco conocidos sobre la administración española y los problemas más inmediatos que se derivaron del comercio del azogue o mercurio, teniendo en cuenta su repercusión en la economía novohispana.

Como es bien conocido, desde el siglo XVI el azogue era un insumo clave de la metalurgia de la plata americana. De hecho el azogue se convirtió en un elemento casi insustituible debido a las condiciones físicas de los minerales extraídos, es decir, baja ley y escasez de recursos energéticos. A diferencia del virreinato de Perú, que contaba con las minas de azogue de Guancavelica, Nueva España carecía de una fuente de abastecimiento local que pudiera satisfacer su alta demanda. Por esta razón, la producción de azo-

gue español fue acaparada, casi de forma exclusiva, por el mercado novohispano a lo largo del periodo colonial. De forma paralela, dicho comercio se convirtió en un mecanismo que ayudó a reforzar los lazos de dependencia entre España y México.

Cabe mencionar que no es la primera vez que el autor aborda este tipo de problemática. Hace un par de décadas, publicó el libro titulado *El monopolio estatal del mercurio en el México colonial (1550-1710)*. En ese entonces, Lang analizó de forma exhaustiva las estructuras administrativas, las fuentes de abastecimiento, el proceso de distribución, las condiciones del mercado y hasta los problemas de la producción local del azogue, el cual era vital para refinar los metales preciosos. Una de sus mayores preocupaciones en ese trabajo, que la comparte con el que hoy reseñamos, era el estancamiento de la economía novohispana durante el siglo XVII, mejor conocido como el siglo de la depresión.

Pero navegando contra corriente, Lang explicó con toda claridad que la escasez de azogue era un factor clave para entender dicho estancamiento, ya que, según el autor, la carencia de este insumo

impidió la exploración de nuevas vetas, alentando las de las antiguas minas cuya productividad iba en descenso; al mismo

tiempo, la escasez de mercurio convirtió el beneficio de la plata en una actividad estacional, debilitando así su ventana natural sobre la agricultura como primera actividad económica.

Además, señaló que los problemas del abastecimiento del mercurio daban una pista para identificar los cambios sufridos por las estructuras económicas del México colonial.

En cambio podemos considerar a *Las flotas de Nueva España (1630-1710)* como un libro de viaje, pero no por ello queremos minimizar su importancia, sino que creemos que construye un puente entre las minas de azogue de Almadén, localizadas en la región de la Mancha, y las minas de metales preciosos americanas, principalmente las de Nueva España. A partir del estudio de este vínculo ha sido posible reconstruir uno de los primeros circuitos comerciales a nivel internacional, el cual se caracterizó por su complejidad y larga permanencia. Esta situación ha brindado la oportunidad de conocer con la profundidad debida la intervención de la corona en la economía, destacando su papel como empresario minero, transportista y recaudador fiscal. Al otro lado del océano, continuaba el proceso; por tal motivo, el puente del azogue nos ha permitido distinguir el movimiento de la economía novohispana, las múltiples relacio-